

XXXVI Concurso de Cuentos "Villa de Mazarrón"

- Antonio Segado del Olmo -

2020

ESA SONRISA DE OKAPI ESPERANZADO

JACK BABILONI

PREMIO

El 17 de Julio de 2020,
el jurado del Concurso de Cuentos
Villa de Mazarrón - Antonio Segado del Olmo,
compuesto por Cristina Morales, Antonio Parra
Sanz, Mari Ángeles Rodríguez Alonso, Fernando
Fernández Villa, Ginés Hernández Anierte y José María
López Ballesta, otorgaron el Premio de la trigésima sexta
edición al cuento titulado Esa sonrisa de okapi esperanzado,
de Jack Babiloni.

Jack Babiloni, Madrid, 1970.

Ha sido reconocido con los siguientes
Premios: Max Aub, Tombatossals, Ciudad de
Marbella, Miguel Cabrera, Ciudad de Martos,
Encarna León, San Silvestre Salmantina y Gabriel
Aresti.

Hasta la fecha ha recibido más de medio
centenar de premios, galardones y distinciones
internacionales en Europa, Asia y Sudamérica.

Sin contar sus obras publicadas, es autor de
21 libros más: dieciséis novelas, tres álbumes
ilustrados, un ensayo sobre arte y una novela gráfica.

ESA SONRISA DE OKAPI ESPERANZADO

Lo que hago puede enseñarse, pero no se puede aprender. Como los frescos de Giotto, el tenis-terciopelo de Federer o la carpintería japonesa de uniones sin colas ni clavos. Mi madre biológica es puta. Como yo. Tengo una hermana melliza. Nacimos muy morenas en algún lugar primero perdido, luego silenciado, aún hoy tabú. Nos dijeron que somos gitanas balcánicas, aunque yo siempre fantaseo con ser de un poco más allá, como las gamuzas y los linceos de los Cárpatos, para así descubrirme defectos futuros ojalá subsanables con un árbol genealógico de félibre libre. Dijeron que vinimos al mundo en Sofía. De momento nos vale. Qué puede importar. Parece ser que Ana es la mayor porque llegó antes, conque siempre me llevará unos minutos de ventaja en eso de inspirar y espirar. La otra conjetura apunta a que soy yo, por lo mismo pero distinta conclusión: Quien antes llega acaba saliendo después. Supongo que lo de que los últimos serán los primeros distrae una barbaridad a los becarios de ginecología, a los testaferreros y a las abuelas que sacan sillas de enea a la fresca para tejer chácharas de extrañas conspiraciones de bolcheviques trasnochados, del perfecto casado de los cuadros de los trajes del señor alcalde y de la estupefaciente fluctuación del precio de los calabacines italianos. Al parecer tenemos doce hermanos búlgaros más; no los conocemos. A veces siento curiosidad por saber a qué se dedican hoy, cómo se les recorta el perfil contra cualquier atardecer estepario o si alguno de ellos ya peina canas y las pasea con la embobante dignidad que luce la gente de raza nativa pisoteada. Un día se plantó frente a nuestro barracón el matrimonio adoptante, con cuatro voluminosas bolsas de basura y esa sonrisa de okapi esperanzado con la que siempre irrumpen en los orfanatos las parejas ultracatólicas infértiles. Las bedeles nos sacaron de la cuna compartida y nos dejaron en bragas de encaje, interrumpiéndonos la siesta; luego nos condujeron a la sala de ceremonias de presentación, un cuartucho polvoriento con muebles de formica ajada y acre olor a hongos, pura delicia soñada por los publicitarios que urden los desvergonzados anuncios de Médicos sin Fronteras o de Unicef. El ritual es siempre el mismo: Sesenta minutos compartidos con dos extraños conminados a desnudarnos completamente, enjabonarnos, aclararnos, secarnos y vestirnos con algunas de las ropas extraídas de aquellas bolsas de basura. Nos pusieron dos petos vaqueros tres

tallas más grandes de las adecuadas, nos perfumaron por primera vez en nuestra vida y se despidieron de nosotras hasta doce meses después, sutilísima estrategia de los gobiernos que viven de este comercio. Saben que la hora escasa compartida no creará lazo alguno en los niños pero sí en los futuros padres; y es precisamente esa mezcla de inseguridad y nerviosismo lejanos la que contribuye a sellar el negocio. Y, claro, transcurrido el plazo, aquella pareja regresó, ahora con sonrisa de koala exhausto tras la yincana de eucaliptos, la de esa gente que finge ser felicísima en Facebook y a la que suele encantarle que a los presuntos delincuentes negros les paseen con correas al cuello policías vigoréticos a lomos de caballos tejanos. Ana y yo volamos desde Sofía hasta Madrid compartiendo fila de asientos con nuestros dos flamantes padres de raros rostros melancólicos, máscaras soldadas de por vida sobre quienes se educaron en colegios privados regidos por salesianos pederastas. Mi padre es uno de esos empresarios que sostenían la pírvara falacia de que son los empresarios los que crean empleo. Luego vino el estallido de la burbuja y se arruinó, que es la forma que tienen los ricos de comprender que no existe más trabajo que el que nace del trabajador. Hace mucho que no le vemos. Un día conoció en Madrid a una uruguaya de discurso fácil y abnegación laboral inexistente, que le llevó a residir consecutivamente en Sao Paulo, Santiago de Chile y Buenos Aires. Hoy ambos viven en París, en un apartamento minúsculo de Montmartre, acompañados del exmarido de la uruguaya, su nueva esposa y el hijo que ambos tuvieron en común, nuestra hermanastra benjamina (que mi padre concibió con la montevideana un poco antes de abandonarnos), dos gatos callejeros barcinos (que entran y salen cuando les place) y Lautaro, el hermano gay de mi madrastra, a quien nunca se le conoció ocupación y que concibe la vida como esquilmación de la mal entendida hospitalidad de sus cándidos familiares y amigos dispersos por los cinco continentes. Ana y yo nos quedamos en Madrid conviviendo a solas con mamá, mujer castellana que pareciera haber hecho un voto de infelicidad quizá por ser abulense de intramuros, allá donde ningún guardia civil conoce el significado de la palabra *oxímoron*, o por haberse criado en esos ambientes que siempre sostienen que el infierno son los otros y la vida humana ha de ser un valle de lágrimas merecidas, donde el Antiguo Testamento se lee como un libro de Salgari en el que Jesucristo es un Sandokán anabolizado con meriendas de hummus de garbanzos, ración lisérgica de sésamo y más estúpida fidelidad ciega que la de un votante del

PNV. En realidad me alegré de que un buen día papá se pirara de casa para vivir con una sudamericana cachonda quince años menor que él y así inaugurara la segunda soltería que necesitan los que fueron veinteañeros resentidos, desafortunados o de implacable tendencia a la calabaza sin solución de continuidad. A mi padre le gusta decir que compra sillas con nombre de diseñador exsoviético, coches con nombre de ingeniero transalpino y relojes con nombre de joyero francés de séptima generación. Y eso, que él considera más sustantivo que adjetivo, el prójimo lo lee justo al revés, conque mi padre se ha demostrado infalible imán para atraer a los gorriones que jamás pensaron posar sus culos en sofás Le Corbusier y a muchachas con todas las intenciones de abandonar, de una buena vez, un futuro de trapicheo de supervivencia justita en sus patrias chicas del Caribe o de la América Meridional. A mamá le encanta quejarse de los sermones interminables del párroco de su ermita del siglo XIII, de lo dura que es la existencia de ama de casa que prepara cenas de palitos de merluza ultracongelada y de que en qué hora viajó aquel día a la deprimentísima Sofía. A mí solo me gusta aporrear el cajón flamenco, tomar fotografías y hablar de literatura universal. Bueno; en realidad me gustaba. Lo primero habré de retomarlo algún día; la ojiva del puente bajo el que ahora vivo posee una acústica tan amplificadora que los otros vagabundos ya me han pegado palizas extra solo por eso. Lo segundo, ojalá, será mi oficio futuro. Lo tercero apenas puedo ejercerlo solo con uno de mis clientes, Andreas, un bróker alemán enamorado de la *Crítica de la razón pura*, pero no de la primera sino de la segunda edición, la de 1787, y que en nuestro primer encuentro me dijo que cuadro al dedillo con sus tres exigencias: *Eres la única puta ilustrada que conozco, las cazas al vuelo y pareces inmune a la politoxicomanía*. Sé que me prefiere porque conservo todos mis dientes intactos y nací con una innata capacidad para chuparla escondiéndolos hábilmente entre un embozo que construyo con la punta de mi lengua, con la que delinearé malabares que riéte tú de los del Circo del Sol. También sé que se muere por besarme, pero si Julia Roberts no dejó que Richard Gere lo hiciera hasta que la cosa estuvo medianamente clara, quién soy yo para crearme más lista que un guionista de Hollywood con superávit de metanfetaminas. Papá nunca hizo caso a las brechas con las que yo llegaba a casa, como mínimo, en días alternos. Ahora el último grito es vanagloriarse de haber sufrido *bullying*, pero en mi colegio eran las propias monjas las que nos animaban a rompernos los huesos

entre nosotras; decían que la pubertad es tara hormonal que se cura con desahogos, y yo esto último lo seguí al pie de la letra. Como nunca he sido nada corpulenta, cada vez que me inflaban la cara a patadas, luego me las ingeniaba con el ataque por sorpresa, que es táctica militar que leí en un tratado chino de un tal Sun Tzu, estrategia profesional que concibió un manual guerrero que hoy ha descendido a la triste categoría de inspirador de tiburones financieros, congresistas neoliberales aficionados a los bares con fachadas de neón y charlatanes del *coaching* (versión milénica de lo que siempre se llamó *sentido común*), verdaderos expertos en inventarse eufemismos larguísimos para profesiones que han existido toda la vida. Mi abuelo, que era peluquero, hoy sería *ahuecador de volúmenes efímeros*; mi abuela, que era archivera de biblioteca militar, hoy sería *salvaguardadora de bibliofilia castrense*; y mi madre biológica y yo, según esta gente, somos *proporcionadoras de lujuria y despelote*. A Andreas no me gusta chupársela, pero al menos no me exige (como casi todos) que se lo haga sin condón, aunque juraría que jamás se ha enterado de que siempre se lo pongo. Leí en un libro que el secreto del japonés estriba en que es el único pueblo que sostiene que, tarde o temprano, la práctica acaba venciendo a la inteligencia. No puedo estar más de acuerdo, aunque yo habría extendido el adagio como ajustado a toda la bendita gente del Sudeste Asiático, así en general. Ahora no me apetece hablar de esto más en concreto, porque cuando pienso en los orientales me pongo muy tierna y me sube un dolor de cabeza que no se me va en cuatro días, pero baste decir que al ejército más anabolizado de la historia lo echó de Vietnam una panda de labriegos. Con Andreas lo tengo comprobado. Siempre cae en el truco. Hago como que escupo un chicle invisible y en ese momento me meto el condón en la boca y, a partir de los tres primeros meneos de mi lengua, Andreas ya ni se fija, que no sé aún si es defecto germánico, defecto varonil o defecto humano generalizado, sin más, exceptuando, obvio, al país donde el sol sale antes que en el resto del mundo. En el fondo, entiéndaseme bien, hasta me compensa. Andreas es un mandril desnortado en cuestiones de sexo, pero es el único cliente con el que, al menos, puedo hablar de literatura. Ese contraste nunca dejará de sorprenderme. Además, también es el único que tiene detalles. No solo me paga la tarifa al instante, sino que me agrega propinas. El primer día en el que me di cuenta de que los números no cuadraban, me dijo: *Considera que la charla literaria es la base imponible; y la propina, el IVA.*

Pagar por sexo está feo. Y, a raíz de ahí, he llegado a construirle somera estadística. Me he dado cuenta de que cada vez que hemos hablado de *El aleph*, Andreas me ha llegado a pagar hasta el doble de la base imponible acostumbrada. Sin embargo, cuando hemos comentado *Los detectives salvajes*, se ha atenido escrupulosamente a la tarifa canónica. Parece que Bolaño no es santo de su devoción, como es natural; Andreas no soporta a los que dan la turra con tanto morro, ni en la vida ni en la obra. Una sola vez me pagó cinco euros más de lo habitual y me extrañó, porque habíamos estado comentando 2666; así que se los rechacé, atribuyéndolos a un error en la manipulación de su billetera. *No es un error*, me dijo; *hoy es Año Nuevo. Viva el IPC.* Me escapé de casa el día en el que cumplí catorce años. No dejé ni una mustia nota manuscrita; eso solo pasa en las películas de Spielberg. No solo en las malas; también en las peores. Me harté de aguantar la constante jeta de acelga de mamá y el desquiciante desentendimiento de papá. No solo conmigo. También con Ana, aunque ella es independiente; nació con carita a medio camino entre la Natalie Portman de *Black swan* y la Winona Ryder de *Reality bites*, y ya sabemos que la resiliencia rezuma mejor sobre los poros de las guapas. Hace poco me leí por fin la *Crítica de la razón pura*, pero la segunda edición, la de 1787; la he encontrado excesivamente profunda para mí, pero intuyo que algo tiene que ver el bueno de Kant cuando Andreas me dice aquello de *ha sido otra mamada metafísica*. Un día de cada siete amanezco no tan infeliz como de costumbre y le digo que le tengo guardada una versión mejor, *la mamada hiperfísica*; y él, que también las caza al vuelo, me repite aquello de *avísame cuando creas que me la merezco*, lo que aún no sé si es nuestro mayor guiño íntimo, pero sí me da que a don Immanuel le encantaría. Soy buenísima haciendo mamadas, pero hacérselas a Andreas lo llevo fatal, y no por escrúpulo, sino porque mientras se las hago no puedo dejar de pensar en que ese precioso tiempo lo podríamos estar invirtiendo en hablar de cuál es el mejor de los cantos de la *Divina comedia* o de si el pasaje de la magdalena de Proust ha acabado por trivializar toda su heptalogía. Es por esto que Andreas nunca sabrá que cuando se la chupo solo lo hago con mi cerebro reptiliano, mientras que él lo disfruta con el límbico. La corteza cerebral no la usaremos jamás para eso ni él ni yo; al fin y al cabo dice muy poco de Andreas que todo un doctor en filosofía por la Universidad de Heidelberg haya acabado de comisionista financiero, como vulgar tuercebotas de *lobby*; algún día sabré si esos momentos en los que parece como

con la mirada perdida tras haberse corrido entre mis tetas tienen que ver con esa misma imponente tristeza de la mirada de Amy Winehouse o con la extraña disconformidad que siempre asoma en el rictus de Rosalía, quizá sabiendo que cuando cantó la versión de *Me quedo contigo* en la ceremonia de los Goya de 2019 todo el mundo concluyó que había nacido una leyenda, aunque tras esos dos minutos y veinticuatro segundos ella habría de resignarse a parir reguetones machirulos *non stop* para mocosas que plantan las suelas de las zapatillas sobre las tapicerías, que hablan demasiado alto tanto en las alegrías como en las penas, que viven la rotura de una uña de fibra de vidrio como Estados Unidos vivió perder la Guerra de Vietnam y que a los diecisiete años ya han tenido dos niños y tres abortos de cinco veinteañeros distintos vestidos con calzoncillos por encima de la cinturilla del pantalón, ridículas camisetas bordadas con el dorsal 23 de los Chicago Bulls y gorras beisboleras de visera girada sobre el cartílago de una sola de sus orejas. Esas fueron las chicas que me obligaron a abandonar el insti. Me tenían hasta el coño de acorralarme en los recreos, hasta que un día exploté y a la chulita de la Pelopaja le estrellé la jeta contra uno de los urinarios de los tíos. Aún recuerdo aquel crac del cráneo, extrañamente largo, como de tres o cuatro segundos, luego el tintineo de cuatro dientes botando sobre la porcelana y ella cayendo redonda sobre aquel infecto barrillo de pises y serrín, igualita que como cuando un rodillazo en plena cara hace desplomarse sobre la lona a una de esas macarras profesionales de la UFC. Luego vino aquel estruendoso silencio de las niñas de su banda mientras yo le escupía cuatro o cinco buenos gapos en plena cara (lo único de lo que sí me siento honestamente arrepentida), y ella permaneció inmóvil, con la mirada en blanco, las palmas de las manos torcidas hacia fuera y las piernas espeluznantemente rígidas. Salí corriendo; y hasta hoy. No volví. Ni al insti ni a mi casa. Ahí empezó mi peregrinaje por licorerías con olor a zotal, deprimentes aseos de estación de autobús y arbustos expertos en maniobras de nocturnidad, para después acabar durmiendo salpicada de babas de taxistas casados, eurodiputados candidatos a presidir el Fondo Monetario Internacional, supernumerarios del Opus Dei y sindicalistas liberados, tribus todas ellas con extraña predilección por los relojes Patek Philippe, comprar vino de doce en doce botellas en caja de madera de roble pirograbado y encularme sin avisar tras inflarme a hostias, casi siempre abandonándome conmocionada sobre el suelo de abundantísimo mármol

sanguinolento de los cajeros bancarios de interior. La Pelopaja murió a los tres meses y medio, tras haber entrado en coma súbito sobre aquel gres confitado en orín; me enteré en una de mis pausas en el club Scorpio, cuando Pedro Piqueras lo anunció en el telediario de las nueve con su desasosegante soniquete habitual, con el que lo mismo te relata la boda del último memo mediático que te espeta que una pandillera la palmó tras una reyerta juvenil. A veces me acuerdo mucho de Ana y me pregunto si ya habrá conseguido su sueño de entrar en el cuerpo de *ballet* del Bolshói, lo que la acercaría más a las latitudes de las que ambas salimos que al horizonte ucrónico que papá y mamá jamás lograron regalarnos. Ana consigue todo lo que se propone. Ya lo vi bien clarito desde el orfanato. Ella es la mayor y siempre lo será; qué sabrán los ginecólogos. Se moriría si supiera que trago pollas de expresidarios y de albañiles kosovares, que directores de periódico y ejecutivos de Telecinco me enculan cuatro o cinco veces por día y que luego todos ellos me piden perdón y, muy compungidos, me soban mientras mi sangre les rocía las braguetas o las solapas de sus trajes de raya diplomática. Cuando me dejan tirada en cualquier antro infecto pienso en que Ana me levantaría tomándole prestadas las manos a Maya Plisetskaya, me limpiaría lentamente cada coágulo de sangre, me mesaría el cabello con uno de esos cepillos de cerdas sutiles que les encantan a los gatos azul ruso y me diría lo que siempre me dijo: *Vas bien, Carmencita; vas muy bien. Unas chicas nacen con la meteórica velocidad de Ava Gardner y otras con la hipnotizante elegancia de Setsuko Hara. Ayer me estudié de cabo a rabo un catálogo de cámaras de fotos; le he echado el ojo a una Hasselblad 500C de 1957, con cuerpo de aluminio cromado y lentes Zeiss. He calculado que en unas cuatrocientas mamadas y quinientas sodomizaciones más me hago con ella y así digo adiós a todos (también a Andreas y a Bolaño y al fantasma de la Pelopaja), pero no a Kant. A Kant lo amo. Él sabe, como yo lo sé, que (tarde o temprano) mi práctica acabará venciendo a mi inteligencia.*

